

## Las vocaciones a la vida monástica<sup>1</sup>

### Advertencia previa

El concepto de radicalidad puede aplicarse también al tema de las vocaciones. Dos ideas evangélicas podríán enmarcarlo. La primera sería pensar que la vocación es un don y una gracia: que, por lo tanto, nuestra actitud es de demanda, de acogida y de agradecimiento. La otra es lo que nos advierte Jesús: *Digan: "No somos más que unos servidores inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer"* (ver *Lc 17,10*). Con esto podemos entender que no debemos sentirnos frustrados si Dios parece no hacer caso de nuestro trabajo.

Sin perder de vista estas dos ideas, debemos preguntarnos sinceramente, antes de empezar el tema, para qué queremos nuevas vocaciones. Puede parecer una pregunta estúpida, pero confío en que no lo sea. Puede ser, eso sí, un revulsivo que nos haga llegar al fondo mismo del problema y entrar en el tema con un corazón pobre y desasido, limpio y generoso. La radicalidad sería aquí preguntarnos si pensamos primero en nuestra obra, en nuestra supervivencia, o en la *obra de Dios*, que es como llamaban muchos antiguos a la práctica monástica; en último término, si pensamos en la Iglesia o en nosotros.

La respuesta a esta pregunta nunca será una respuesta simple, porque no lo son nuestros sentimientos. En teoría somos muy conscientes de que Dios es el Señor y puede decir basta a quien quiera, como lo ha dicho a

---

<sup>1</sup> El Autor es monje sacerdote de la Abadía de Montserrat (Barcelona, España). Conferencia pronunciada en una Asamblea General de Abadesas (septiembre de 1989).

tantos y tantas veces a lo largo de la historia. Pero eso lo aceptamos en teoría. En la práctica, cuando pensamos que puede decírnoslo a nosotros, nos envuelve un sentimiento mezclado; y es natural que así sea. En la realidad, que no es ni teoría ni práctica solas, deseamos y pedimos nuevas vocaciones por Dios, por su obra y por nosotros, sus siervos. Aunque seamos eso, unos pobres e inútiles siervos, entre las cosas que tenemos que hacer ahora está precisamente el trabajo esforzado con miras a la continuidad monástica de todos y de cada uno de nuestros monasterios.

En este campo deberíamos integrar estabilidad y pobreza. Hemos de trabajar esforzadamente por la construcción de nuestra comunidad como ser vivo con necesidad y deseo de continuidad. Debemos estar muy convencidos de que nuestra comunidad no es nuestra en sentido posesivo, sino que la compartimos con la Iglesia y con el mundo. Estamos todos, la comunidad, nosotros, el mundo, en las manos amorosas de Dios. No podemos estar en mejores manos.

Empecemos, pues, el tema de las vocaciones monásticas con serenidad y paz de corazón.

### **Ingenua confesión**

Un tema importante, delicado, difícil. Convencidos de que la vocación es gracia, podríamos preguntarnos sinceramente: ¿Cómo debemos nosotros colaborar con el Señor de la gracia en un terreno tan radicalmente personal como es el de la vocación?

En este campo he tenido que trabajar durante un tiempo, primero por diez años de maestro de novicios y, luego, en la preparación de charlas o escritos que me pedían y a los cuales no podía honradamente negarme. El recuerdo de este tiempo me obliga a empezar ahora con una sincera y humilde confesión: fue una de las épocas de mi vida en que más materia acumulé para pedir perdón: una manera sencilla de decir que cometí muchos disparates. Vienen a propósito las palabras de un sacerdote francés, antiguo director de *La Croix*, que describía así la fundación de la Iglesia: «Jesús llamó a sí a sus discípulos y les dijo: “Sé que no saben nadar; sepan que no pienso enseñarles; los echaré al agua; van a tragar mucha; pero les aseguro con toda seriedad que no se ahogarán”». Yo tragué mucha agua en mis quehaceres; no llegué a ahogarme, gracias a Dios; confío no haber

ahogado a nadie con mi mal hacer; pero debo confesar que muchos habrán tragado agua por mi culpa. Aquí termina mi confesión. Estoy arrepentido, tengo propósito de enmienda, espero penitencia o satisfacción. Y vuelvo a hablar del tema.

Hace exactamente un año, la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades sacó una publicación con el título: *Pastoral Vocacional de la Iglesia en España. Instrumento de trabajo*, para su estudio en las Diócesis durante el curso 1988/1989. En la Asamblea plenaria del próximo noviembre será presentado un *Documento final* con el estudio de las respuestas recibidas; la Asamblea decidirá sobre su publicación definitiva o pasos ulteriores.

La lectura de este *Instrumento de trabajo* es interesante, pero yo me quedé con la impresión de que nosotros, monjas y monjes, estamos un poco al margen de toda esta dinámica en razón de nuestra misma vida y por el hecho de que nuestra integración en la Iglesia diocesana, aun siendo total y central, no entra activamente en su movimiento pastoral. Mi charla no seguirá las líneas de esta publicación, sino que hablaré más o menos como lo hice, hace tres años, en un tema semejante, en unas reuniones en Barcelona.

## Menos vocaciones

Hablando en general es un hecho que las vocaciones religiosas han descendido bastante, por lo menos en Europa. Ello puede suscitar una serie de preguntas muy normales que no hay que esquivar ni evitar, ya que precisamente la capacidad de preguntar da origen a la posibilidad de salvación. De la capacidad de captar una pregunta en cualquiera de las muchas maneras en que puede formularse nace la reflexión que lleva a la respuesta salvadora.

Pero el mismo hecho puede provocar una sensación de desánimo, que nos podría llevar a una culpabilización propia, o a echar la culpa a los demás, a las circunstancias tan diferentes de las de antes; incluso a Dios podríamos culpar, que parece hacerse el sordo a tantas súplicas como le dirigimos. Quedarnos con las culpas, propias o ajenas, y pararnos en amargas lamentaciones, no sería una reacción cristiana, y humanamente pecaría de morbosa, y de muy poco serviría, porque serían lamentaciones estériles,

signo inequívoco de vejez. Si ha habido en nosotros culpa, pidamos sencillamente perdón, corrijamos lo que debamos corregir, y sigamos trabajando con tesón y esperanza. Si creemos que tuvieron culpa los demás, iniciemos un diálogo fraterno, cordial, ingenuo, para poner las cosas claras. Con las circunstancias, tan diferentes de las de antes, aunque no esté en nuestras manos cambiarlas, siempre podemos hacer algo. Referente a las oraciones, tan instantes, necesarias, podemos escuchar lo que oyó aquél que se lamentaba: *Señor, mira como avanza el mal, como prosperan los malvados; y tú no haces nada*. La respuesta de Dios fue inmediata: *Te hice a tí, hijo*.

### Hay vocaciones

Yo propongo otra manera por lo menos de empezar: en vez de extrañarnos de que hayan bajado las vocaciones, maravillémonos de que las haya habido y de que las haya todavía. ¿No se han preguntado nunca cómo se explica que unas muchachas inteligentes, agraciadas y simpáticas, jóvenes o no tanto, con posibilidades de tener una vida llena y fecunda, llamen a las puertas de nuestros monasterios? Es una de las grandes maravillas de la gracia de Dios; es señal, o una de las señales, de que Dios merece la pena por sí mismo. Démosle gracias por ello y sigamos serenamente con nuestra reflexión. Las ideas van a salir un poco desordenadas, como nacieron, mezcladas las tres frases del título: las vocaciones a la vida monástica, criterios de selección, pastoral vocacional.

### ¿Por qué menos?

Se ha dicho que la crisis de vocaciones viene, en parte por lo menos, de la falta de sacerdotes que orienten bien a sus penitentes para una vida cristiana seria, exigente y atenta. Antaño un director espiritual era un oráculo, y muchos de estos oráculos creían muy sinceramente en la vocación religiosa femenina y concretamente en la vida contemplativa. Incluso se había llegado a medir la valía de un director espiritual por el número de jóvenes que habría orientado a los conventos o a los monasterios. Ahora esto parece fallar.

Me imagino que alguien podría decir: ¡Gracias a Dios! Hablando con

una total franqueza, ¿no es verdad que nos hubiéramos ahorrado también problemas y disgustos si no hubiese existido tanto director especializado en vocaciones femeninas, insistentes e inspirados? Pero, bueno; digamos que por suerte o por desgracia esto ha cambiado.

Actualmente han surgido nuevos grupos eclesiales, los de oración y amistad, las comunidades neocatecumenales, el seminario del pueblo de Dios, para poner unos ejemplos; estos grupos parecen ser nuevos viveros de vocaciones, bienvenidas sean. Sólo desearía que estos grupos u otros, no captasen vocaciones a base de comparaciones odiosas al estilo de aquello tan conocido del celibato para la plana mayor del Reino y el matrimonio para la clase de tropa. De las dos maneras obvias de sobresalir: crecer más, hundir al otro, la segunda es totalmente inadmisibile e inaceptable en una línea evangélica. No es que tenga ningún indicio de que esto suceda; es sólo un toque para toda posible pastoral vocacional.

También parece cierto lo que dicen las estadísticas, que las vocaciones disminuyen a medida que avanza el desarrollo de la sociedad. ¿Debemos ver en este hecho una simple y pura sincronía, o deberemos considerarlo en términos etiológicos? Viéndolo así, en relación de causa a efecto, alguien ha insistido en que las vocaciones sacerdotales y religiosas llevaban antes consigo una cierta elevación en el orden social y representaban un paso adelante en la promoción humana, cosas ambas que ejercían un influjo en el momento de la opción.

No afirmo ni niego nada, sólo quisiera hacer notar dos cosas: la primera es que también de ello se ha servido Dios para dar a su Iglesia excelentes ministros; la segunda es que buscar ahora vocaciones en zonas no desarrolladas, en la geografía residual del país, como las llama el P. Víctor Codina, es algo que podría llevarnos a engaño. Todavía una tercera: a este hecho alguien ha dado otra explicación, más en la línea de las bienaventuranzas, de la de los pobres particularmente, afirmando que la relación menos desarrollo / más vocaciones puede interpretarse en el sentido de que la austeridad y la precariedad favorecen la disponibilidad para Dios (M. Lurdes).

### **Menos fascinación más resistencias**

Quedándonos con los hechos, parece cierto que actualmente los jóve-

nes no sientan con tanta intensidad como antes la fascinación de los monasterios, y que, por otra parte, han de vencer más resistencias que en otros tiempos para seguir una eventual llamada. Es ley conocida que todo objeto situado en posición de reposo, podríamos decir de punto muerto, para empezar a moverse deberá vencer las inercias y las resistencias que lleva en sí mismo y las que puede encontrar fuera. Esta ley se aplica a la vocación monástica, que es llamada a un movimiento, y una pregunta obvia es la siguiente: ¿cuáles son las resistencias que tendrá que vencer quien decida orientar su vida por los caminos del evangelio en la escuela del servicio divino fijando su estabilidad en aquella congregación que san Benito llama la *domus Dei*? Estas resistencias se presentan en forma de atracciones de sentido contrario y de seducciones en que este tal no podrá pararse sin que pueda por ello desdeñarlas.

### **Caminos secularizados**

No deberíamos pararnos en lo superficial, en aquello de que se aprovechan la publicidad y la propaganda para deslumbrar a la gente y así atraerla. Nuestro análisis debe ser radical. Intentando ir a las raíces, nos damos cuenta de que en medio e incluso a través de toda clase de deslumbramientos superficiales, los jóvenes pueden ser tocados en profundidad, y atraídos por grandes ideales. Sienten quizás con más realismo de lo que nosotros sentíamos en nuestro tiempo la llamada del amor de pareja, de la libertad para disponer de su vida, de la facilidad para usar de lo suyo, cosas, todas, muy respetables. La vocación a una vida que tiene como condición señalar unos caminos distintos de los corrientes a estas grandes aspiraciones encontrará resistencias muy serias en aquellos jóvenes, muchachas o muchachos, que nos encantaría que llamasen a nuestras puertas, por lo buenos, por lo sensatos, por lo generosos que son, y que son capaces de oír también la voz de Dios. Pero no llaman. Y a lo mejor les atrae ir al Tercer Mundo, solos o en pareja, para ayudar, para evangelizar.

No hablo de jóvenes que están bajo mínimos para optar por la vida monástica, sino de jóvenes sanos y creyentes que despliegan todas sus energías en otros campos. Antiguamente los caminos del servicio al hermano y de la oración seria pasaban casi exclusivamente por las congregaciones religiosas y por los monasterios, o así lo creíamos nosotros. Ahora ya no,

gracias a Dios. Es un hecho constatado que numerosos laicos acuden a los Institutos de Teología e incluso a Facultades Teológicas; estos laicos disponen de voluntariados para toda clase de servicio al hermano y de numerosos grupos de oración en lo que se refiere a la dimensión más personal de su crecimiento cristiano. Gracias a Dios, los caminos que conducen a Dios y al hermano se han secularizado, entendiendo con esta palabra, inofensiva aquí, que los seculares tienen acceso a ellos.

Es cosa evidente y natural que, a medida que los caminos de promoción o de despliegue personal se secularizan en el sentido indicado, la vocación religiosa en general pierde parte del atractivo que antes parecía tener. Indiquemos de paso el peligro que supondría que acudiesen a nuestras puertas sólo jóvenes faltos del coraje necesario para entrar por los caminos seculares de la promoción, y que de ellos se nutriesen nuestros monasterios.

### **Los monasterios aún atraen**

De todas maneras y a pesar de la baja de peticiones, los monasterios siguen atrayendo. El año 1982, en la Semana Monástica tenida en León se presentaron las preguntas siguientes:

1. ¿Qué es lo que atrae de las comunidades monásticas?
2. ¿Qué clase de personas se sienten atraídas por ellas?
3. ¿Cómo asumen los monasterios la atracción que ejercen?

En resumen se establecieron dos tesis:

1. Las comunidades monásticas deberían ser centro de atracción para personas capaces de pasar seriamente de la ilusión a la opción.
2. Las personas que se sienten atraídas por una comunidad monástica deberían encontrar en ella una actitud de acogida, fruto de amor y de comprensión, que las valore, las exija y las ayude a pasar de la posible ilusión a la opción necesaria.

Podríamos añadir a manera de subtesis lo siguiente:

No debemos maquillarnos para atraer, puesto que para una comunión

en la confianza se requiere una comunión en la flaqueza, vivida, esta flaqueza, con esperanza.

Antes se entraba en una comunidad probablemente idealizada, mientras que ahora se suele entrar en una comunidad bastante bien conocida. Ello puede llevarnos a la tentación del maquillaje, y exige a los candidatos una madurez inicial para saber discernir sin escándalos ni desfallecimientos, el ideal a partir de la manera como en realidad lo ven vivir.

### **Atracción equivale a llamada**

Hemos dicho que muchos jóvenes de hoy se sienten atraídos por grupos cristianos nuevos, pero que, ello no obstante, los monasterios siguen atrayendo. Atracción equivale aquí a llamada, o a vocación. La llamada es doble: Jesús llama a algunos a su seguimiento; otros piden a Jesús que les acepte. En ambos casos el centro de atracción era Jesús, su palabra, su mirada, su gesto, su fuerza de fascinación. Jesús atraía y llamaba, o llamaba primero y luego atraía; el orden no tiene mayor importancia. Nosotros podemos atraer y luego llamar, o llamar y atraer después. Jesús tuvo que decir no a algunos de los atraídos, y nosotros tendremos que saber decir no a algunos de los que se nos acercan.

### **Contactos críticos con los jóvenes**

Para que esta atracción / llamada se dé será necesario un contacto con los jóvenes, pero no debe ser un contacto acrítico o indiscriminado, sino con condiciones, porque los jóvenes quieren ser acogidos, pero no perseguidos, ayudados, pero no objeto de ningún favor, comprendidos pero no compadecidos, exigidos pero no impuestos, escuchados pero no aconsejados.

### **Unos jóvenes**

Estas condiciones nacen de las características de los jóvenes que deberíamos atraer, las cuales son, según el Padre Tillard, las siguientes:

1. acentúan la dimensión de libertad propia de la persona;
2. desean hallar en sí mismos las razones últimas del obrar;
3. tienen miedo instintivo a cualquier formalismo;
4. desean confrontar sus opiniones con el grupo;
5. quieren tomar en grupo las decisiones;
6. quieren sentirse implicados por dentro en las decisiones que conciernen al grupo o a la persona;
7. desean una relación humana y dialogante con los responsables;
8. desean poder ver en el responsable más a un hermano que a un superior.

Es evidente que estas notas pueden multiplicarse. A título de ejemplo podemos añadirles unas cuantas:

9. no quieren «proteger» la verdad, porque
10. creen que la verdad hace libres a las personas, una verdad encarnada en la vida;
11. buscan esta verdad en el diálogo, en la participación, en la colaboración, en las relaciones en general;
12. no creen en ningún tipo de magia;
13. estrategia, táctica, diplomacia, son palabras por las cuales sienten una alergia visceral;
14. son sensibles a las decepciones que les causan las personas;
15. buscan nuevas formas de vivir;
16. tienen una intransigencia saludable;
17. quieren cambiar las cosas;
18. tienen prisa.

### Otros jóvenes

Evidentemente que no todos los jóvenes son así. Si nos fijamos en la vida civil y política es fácil notar otro tipo de juventud, con ciertos tintes de intolerancia que les lleva incluso a optar por un neonazismo, o neofascismo,

con un claro rechazo de la piedad y de la ternura en el trato con los demás. Estas regresiones, porque lo son y claras, tienen su origen en el miedo que domina a la gente joven, en la inseguridad que les angustia. Quizás por las mismas razones se detecta en la Iglesia, o en algunos sectores de ella, como un endurecimiento involutivo, hecho de exigencias y de estricto cumplimiento, de tranquilidades adquiridas por méritos y ganadas por acumulación de buenas obras, de unas ansias de piedad individual que apunta a la propia salvación y olvida a la ingente masa de hombres y mujeres para ellos prácticamente insalvables. En el fondo, esta regresión se basa a nivel humano en una falsa imagen del hombre, y a nivel cristiano también en una falsa imagen de Dios.

### **Toma de posición**

Si la sociedad avanza por estos senderos y la Iglesia le sigue los pasos, ¿qué clase de jóvenes acudirán a nuestros monasterios? Es una pregunta imposible de contestar. Lo único que se puede hacer es expresar un deseo. Personalmente y dejando correr la fantasía, yo desearía que fueran unos jóvenes a quienes ningún miedo impulsase a pedir la admisión, ni fuesen tampoco las ansias de seguridad lo que les hiciera decidir. Deberían ser unas personas sedientas de libertad, de realismo, de fe; jóvenes con espíritu profético, aunque nos pueda resultar incómodo porque la búsqueda de absoluto de estos jóvenes se aplicará en primer lugar a las posibles excrescencias en nuestra manera de vivir. Tendríamos que aceptarlo con agradecimiento y les podremos pedir tan solo que lo hagan desde dentro con amor. Respecto a nosotros deberíamos evitar forzarles bajo ningún pretexto, ni con razones llamadas cristianas, a renegar de lo que son como mujeres y como jóvenes, y procurar que sus ansias de responsabilidad libre no se vean amenazadas por imágenes falsas de lo que es Dios en sus vidas, o por estructuras paracristianas o parareligiosas.

Me doy cuenta de que he tomado posición, cosa que quizás no debería haber hecho. Quizás hubiese sido más prudente mantenerme aséptico, en un equilibrio oscilante sin compromisos. No he podido. Mi corazón va hacia un tipo de hombre y un tipo de cristiano y un tipo de monje que no cumpla leyes y normas y reglas, sino que se exprese en reglas y normas y leyes. Y la pregunta que más me preocupa es la siguiente: ¿cómo debemos

ser, cómo debemos orientar nuestras vidas, la vida de nuestras comunidades, para que estos jóvenes en quienes sueño se sientan atraídos?

### **¿Cómo debemos ser?**

Esta pregunta provoca una memoria / examen de las motivaciones personales que nos llevaron a cada uno a la opción que hicimos; pueden ser muchas las cosas que nos permitieron oír la llamada y nos impulsaron a responder a ella: trabajar la salvación, perfeccionamiento personal, refugio para problemas, buscar consuelo en Dios, huir del mundo por miedos no formulados... Todo esto, y mucho más, puede haber sido real al empezar, pero deberíamos haberlo cambiado, habrá sido necesario pulirlo. Me atrevo a resumir este trabajo de ascesis y su finalidad en una sola fórmula: no ser en nada egoístas. Nuestra vocación es obra del amor. La primera respuesta que debemos darle es dejarnos amar y entregarnos al amor. Siendo el amor servicio, también debe serlo nuestra respuesta. Amor y servicio deberían ser los ejes de nuestra vida, como parecen serlo los de los jóvenes que sienten inquietudes profundas. Ello nos lleva espontáneamente a otra pregunta: ¿somos realmente así? Es condición indispensable, para que se sienta atraída gente que comparta nuestra manera básica de ser. Para sentirse atraído uno debe estar en sintonía con el centro de atracción.

### **¿Cómo nos conocen?**

Una segunda parte del problema es preguntarnos si nos conocen por lo que humildemente nos esforzamos por ser. Por una falta de contacto directo con nosotros, o por unos contactos poco oportunos, muchos jóvenes tendrán de nuestra vida un conocimiento muy desfigurado, una opinión poco favorable, recibida frecuentemente del ambiente en que viven, de lo que oyen y ven en comentarios, filmes, novelas. La idea que se habrán hecho de la opción contemplativa, de la vocación de clausura como algunos la llaman, y de sus motivaciones no es muy halagüeña. Un día pregunté a unas chicas que estaban en la hospedería de Montserrat en convivencia qué pensaban de una vocación femenina contemplativa. Cursa-

ban COU en un colegio de religiosas y habían venido libremente y con ansias de formación cristiana. He aquí algunas de sus respuestas:

- Nos parece una vida muy cómoda de evasión de la realidad.
- No conocemos mucho el tema; lo único que sabemos nos viene por las películas; no podemos decir si es cierto o no.
- Es una realidad egoísta, por el hecho de que se encierran en ellas mismas para ocuparse sólo de sus problemas.
- Cada cual es libre de escoger su futuro; de todas maneras creemos que se puede servir a Dios de unas maneras útiles para los demás.
- Han de tener una fe muy grande; Dios es su fuerza.
- Encontramos la denominación *de clausura* antipática y anacrónica.

Las motivaciones que les suponían iban desde la búsqueda de Dios hasta ciertos fracasos o frustraciones. Creen que pueden ser felices si es su vocación; si no, se amargarán o caerán en la rutina; entonces su felicidad sería salir del convento. Veían como una felicidad extraña purgar por los pecados cometidos en la vida pasada.

El tono de sus comentarios era educado hasta respetuoso; el contenido, en gran parte erróneo. De todas maneras es de agradecer su franqueza. Por duras, desagradables, incluso equivocadas que sean, escuchar las críticas es algo mental y espiritualmente sano y puede ser una buena pista para el conocimiento propio. Saber lo que los demás dicen de uno es una gracia, aunque sea dicho con malicia, con ironía, en plan jocoso, como en caricatura. Si tenemos el necesario sentido del humor, lo aceptaremos tranquilamente, sin ira, ni desdén, y lo sabremos valorar.

### ¿Cómo reaccionaremos ante lo que dicen de nosotros?

Creo que sería muy sano analizar nuestras reacciones ante todo lo que sabemos que se dice de nosotros; preguntarnos qué efecto nos produce saber lo que los demás piensan de nuestra manera de vivir, tomar conciencia de la manera como acogemos los juicios que oímos algunas veces sobre las motivaciones de nuestra vocación.

El resultado de este análisis puede acarrear nos sorpresas. Algunas ve-

ces haremos el sordo a todo lo que se diga de nosotros, o lo escucharemos educadamente para olvidarlo en seguida, porque puede turbar nuestra tranquilidad; también podemos llegar a una defensa de todo lo nuestro con armas buenas y malas, incluso a adoptar posturas rígidas e intransigentes, porque nos amarga y nos entristece sentirnos incomprendidos; como consecuencia podemos llegar a un endurecimiento interior, que nos puede hacer impermeables a cualquier cambio y podemos así convertir en absolutos unos detalles totalmente relativos, incluso tomar posturas farisaicas de santidad irrefragable.

O bien, por el otro lado y también para no perturbar nuestra tranquilidad, nos desvivimos para tener contentos a los que nos rechazan hasta llegar a los cambios por los cambios, a tomar el camino de la modernidad sólo con vistas al efecto que pueda causar en los demás; a comprar al precio que sea la aceptación y el halago.

Pienso que la actitud de los demás, cristianos o no, ante nuestra vocación monástica, debería interpelarnos y llevarnos a una vida de constante conversión. Necesitamos un trabajo sencillo y humilde de borrar imágenes, de arrancar etiquetas, de recuperar credibilidad, de cerrar heridas y lenificar irritaciones. Debemos trabajar en nuestras vidas y en nuestras comunidades aquello que las pueda hacer más evangélicas, más buena nueva para el hombre de hoy, más fuente de auténtico gozo. Para ello debemos no olvidar que si un valor no tiene raíces humanas no podemos llamarlo valor cristiano.

### **Un peligro que corremos**

Las vocaciones a la vida monástica van a ser menos que antes, si no por otras razones por el fenómeno demográfico. ¿Serán mejores? El hecho es que mucha gente como marginada en la sociedad puede aumentar el número de aquellos que se afanan por buscar un refugio. Todos sabemos de los que mariposean en torno de nuestras comunidades, que se posan y emprenden otra vez el vuelo. Se deberá andar con cuidado. Si es interesante la existencia de monasterios para gente físicamente disminuida, me daría mucho miedo un monasterio con multitud de gente síquicamente desquiciada.

Repito que se nota una reacción en grupos cristianos, y que de ellos saldrán vocaciones. Pero aún así debemos convencernos de que habrá menos vocaciones que antes. ¿A qué nos va a obligar este hecho? Francamente, no lo sé, pero ciertamente afectará a los monasterios y a las congregaciones, pero no a la misma existencia del movimiento monástico, que es connatural a la comunidad de los que creen en Cristo Jesús, como es connatural al corazón del hombre; no afectará a su esencia y a su proyección, aunque afecte a su estructura, que ya ha sufrido modificaciones a lo largo de la historia.

Si los monjes, estructurados de una manera o de otra, somos lo que debemos ser, unos cristianos en busca radical y total de Dios, resultaremos hoy y mañana, como lo fuimos ayer, una acusación tácitamente estridente de la sociedad, de sus superficialidades y de sus desvíos. La fidelidad estricta al evangelio ha sido en todas las épocas ingenuamente acusadora, y siempre lo será. Ello provoca en muchos un rechazo y un interés en algunos. Para no dejarnos engañar por un interés puramente reactivo, deberemos ser muy serios en el discernimiento de los que pueden llamar a nuestras puertas.

### Pastoral vocacional

Aquí nos viene al pensamiento aquello de Pablo a los Romanos: *¿Cómo van a creer sin uno que lo anuncie? y ¿cómo lo van a anunciar sin ser enviados? (Rm 10,14-15)*. Y al tratar de discernimiento será bueno recordar que los pescadores de la parábola pudieron reunir las piezas buenas en cestas y dejar las malas, porque la red que echaron les volvió llena (*Mt 13,47s.*).

El tema de la pastoral vocacional es desbordante. Sin bajar a detalles, me quedo con que toda pastoral vocacional debe partir de dos bases: ser, la primera, y la segunda, darse a conocer. La pastoral vocacional forma parte de lo que en términos más generales llamamos testimonio. Todo testimonio se apoya en la advertencia de Jesús a los suyos: *Alumbre también la luz de ustedes a los hombres; que vean el bien que hacen y glorifiquen a su Padre del cielo (Mt 5,16)*. O en la explicación de los Hechos sobre la primera comunidad de Jerusalén: *Eran bien vistos de todo el pueblo; y día*

*tras día el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando (Hch 2,47).*

De distinta manera, ambos ejemplos usan la imagen de la luz, que existe e ilumina. Por el hecho de ser, ilumina, sin que se preocupe por iluminar; por ser luz, su obrar es iluminar. Si alguna preocupación le suponemos será solamente la de ser luz, de no convertirse en nada que no sea luz, en tinieblas, por ejemplo, o en opacidad. Entonces dejaría de iluminar porque ya no sería luz. Dar testimonio es siempre resultado de ser y ser es la única preocupación del testigo. Iluminar para la luz y dar testimonio para el testigo es un problema de identidad y de autenticidad, mucho más que de manera y de conducta.

En el campo de la pastoral vocacional lo que cuenta en primer lugar es la vida, el ser. Para ser hemos entrado en el monasterio: para tener vida y tenerla en abundancia, podríamos decir con san Juan. Pero estando como estamos sumergidos en una sociedad esclava de la publicidad, nos puede parecer que no contamos si no nos exhibimos. Todo el mundo necesita hoy día su asesor de imagen, la función del cual es, dicho crudamente, buscar y trabajar la mejor manera de hacer al cliente aceptable para los demás, aunque sea engañándoles; para ello se cuenta de antemano con la aceptación mansa de ser engañados a que todo hombre parece estar dispuesto hoy en día. Podríamos decir que la propaganda debe embellecer, mientras que el testimonio es simple cuestión de identidad.

San Benito no tenía nada de propagandista: «Pondérenle de antemano todas las cosas duras y ásperas por las cuales se va a Dios» (RB 58,8). No ahorra nada al candidato: dilación de la entrada, injurias, pruebas de la paciencia, más pruebas. Da la impresión de que san Benito se admira de que el candidato no se marche hastiado: «Si aún perseverare... y si aún persevera...».

Por lo que nos dice san Gregorio, era, aquella, época de vocaciones. Yo me pregunto: si hubiese sido tiempo de sequía vocacional, como es la nuestra, ¿habría san Benito rebajado el listón? ¿hubiese abaratado la cosa? No lo creo. Aunque encontramos algunos casos de rebaja en la *Regla* (capítulos 18, 40, 48), cuando se trata de temas básicos es tremendamente estricto.

Lo que más admira es que, a pesar de poder escoger entre los candidatos, que suponemos numerosos, y de no facilitarles la entrada, cosa que indica que algún tipo de selección se daría, cuando nos fijamos en la tipología

monástica de la *Regla* nos damos cuenta de que codo a codo con monjes dóciles, obedientes, pacíficos, sufridos, inteligentes, existen otros que san Benito llama indisciplinados e inquietos, negligentes, malos, duros, soberbios, desobedientes. Para entonces seguramente el santo Patriarca era ya fiel a la simple condición que pone para poder decir sí a los que solicitaban ser monjes: *si revera Deum quaerit*, si realmente busca a Dios. Las tres solicitudes que pone a continuación: para el oficio divino, la obediencia y los oprobios, representan indicios de la sinceridad y de la realidad. No siempre andan juntas. La sinceridad es algo subjetivo. Uno puede buscar muy seriamente y muy sinceramente creyendo que está buscando a Dios, pero en realidad el camino o la meta de su búsqueda poca cosa tienen que ver con Dios. Cambiando simplemente de posición el adverbio *revera*, podemos dar dos traducciones de la frase latina que corresponderían la primera a la objetividad: si *realmente* es a Dios a quien busca, y a la sinceridad la segunda: si busca a Dios *con tesón*.

### **Criterios de selección**

Casi sin darnos cuenta nos encontramos de lleno en los criterios de selección, un campo donde sinceridad y objetividad son difíciles de discernir, y donde el principio de indeterminación es perfectamente válido. Este principio, según el cual un determinado experimento está muy influenciado por el punto de mira del observador, afecta de lleno a las relaciones sujeto / objeto. Según él, la pura objetividad es una abstracción absurda; hay que comprometerse, porque quien no se compromete no llega al conocimiento. También en el discernimiento de las vocaciones debe uno comprometerse aún a riesgo de equivocarse. Hablar de los criterios de selección es ya comprometerse.

### **Buscar a Dios de veras**

San Benito es radical cuando señala como condición única para la admisión la actitud del candidato de buscar realmente y solamente a Dios. Digo radical, porque va a la raíz cristiana: la búsqueda de Dios, el segui-

miento de Jesús, no anteponer nada a su amor. Como diría san Pablo, *un cimiento diferente del ya puesto, que es Jesús el Mesías, nadie puede ponerlo (1Co 3,11)*. No podemos poner otro cimiento a la llamada monástica que el de toda vocación cristiana: buscar a Dios.

### Ser de veras persona

Las tres solicitudes que san Benito pone como piedra de toque de esta condición radical, lo son también para otra condición tan radical como la de buscar a Dios: ser de veras hombre, o mujer, persona. Muchos textos de la *Regla* (ver 2,28; 23,1; 28,2; 71,5,9; etc.) dan la impresión de que San Benito tenía que luchar con monjes defectuosos por poco hombres más que por poco santos. Es la misma impresión que uno se lleva cuando lee en el capítulo quinto de la *carta a los Gálatas* la lista de obras de la carne, que Mateos traduce: «las acciones que proceden de los bajos instintos»; son, por ejemplo, enemistades, discordias, rivalidad, arrebatos de cólera, egoísmos, partidismos, sectarismos, envidias, borracheras...

De todo ello saco una conclusión que puede ser muy frustrante: por lo que se refiere a los criterios de selección, yo me quedaría con los dos ya citados: que busquen sinceramente a Dios; que sean persona, o por lo menos *personables*. Por eso tan sencillo empiezan también los instrumentos de las buenas obras: ante todo, amar al Señor Dios, de todo corazón... luego al prójimo como a sí mismo; después no matar, no cometer adulterio, no hurtar, no codiciar...

Podríamos decirlo de otra manera: que sean unas personas capaces de autoconocimiento y de autoaceptación, aptas para el tipo de relación que requiere una vida de comunidad estable, y que a partir de aquí busquen sinceramente a Dios.

Estas madureces, o *madurabilidades*, serían la base, la raíz, que se expresarían en actitudes concretas, algunas de las cuales podrían ser las siguientes:

1. Respeto por la dignidad de la persona en todas sus formas.
2. Respuesta fiel a la responsabilidad con que piden ser tratados.
3. Expresarse en todo con claridad y con respeto.
4. Alergia a un control excesivo, activo y pasivo.

5. No instalarse, ni facilitar instalaciones.
6. No marginarse, ni provocar marginaciones.
7. Sintonía serena con los problemas del mundo.
8. Que el miedo no sea nunca causa determinante de nada.
9. No vivir perezosamente en ningún campo.
10. Horror visceral a toda clase de trampas.

### Resumen de una encuesta

Para terminar permítanme la presentación esquemática de una encuesta enviada a los monasterios de monjas contemplativas sobre temas relacionados con la pastoral de vocaciones. De los monasterios respondieron 19, en 15 respuestas comunitarias, 3 de grupo y 9 particulares: en total 27 respuestas. Presento sólo las seis preguntas y una visión global de las respuestas.

1. ¿Qué encontramos esencial e irrenunciable en nuestra vida de comunidad?

La oración.

La búsqueda de Dios.

La vida litúrgica.

La caridad fraterna.

El silencio.

La soledad.

La práctica de los votos.

La austeridad.

La devoción mariana (no las formas). Etc.

2. ¿Somos capaces de cuestionar todo lo que vemos que no es esencial ni irrenunciable? Ejemplos:

El horario.

Ciertas costumbres.

El modo de la clausura.  
 La manera de los hábitos.  
 Ciertas devociones.  
 Precedencias en la comunidad. Etc.

3. ¿Qué creemos debe cambiar en nuestra comunidad para que sea más evangélica, más buena, más fuente de gozo?

Caridad fraterna (escuchar, apertura, flexibilidad, servicio).  
 Paz (librarnos de angustias, un trabajo excesivo).  
 Oración (disponibilidad total a Dios y a los hermanos).  
 Silencio (crear un ambiente que ayude a la oración).  
 Fidelidad. Etc.  
 En general la idea no es de cambio, sino de mejora.

4. ¿Qué atrae hacia nuestras comunidades? ¿Qué piden a nuestras comunidades las jóvenes que se interesan por la vida monástica o contemplativa?

Atrae la vida fraterna: Virtudes evangélicas (alegría auténtica y serena, paz, autenticidad, sinceridad, sencillez, naturalidad...).

Vida consagrada (entrega radical, Dios lo es todo, compromiso...).  
 Acogida.

Soledad y silencio. Etc.

Piden acogida, comprensión, que las acojamos como son, que seamos sensibles a las necesidades de los hermanos.

Sinceridad, buscar lo esencial, coherencia, simplicidad en el ser y en el hacer, autenticidad.

Que las ayuden a discernir, explicaciones razonables, paciencia...

Nota: llama la atención que sólo dos veces se nombra Jesucristo y otras dos la Palabra de Dios.

5. ¿Qué nos sorprende en las jóvenes que piden entrar en la comunidad o en las que han pasado por ella?

Sinceridad, pero a su manera.

Indecisión, inconstancia.

Independencia, libertad: les resulta difícil obedecer.

Falta de formación religiosa.

Autosuficiencia.

Falta de madurez humana.

Disponibles para el servicio, pero con frecuencia según elección personal.

Sentimiento de grupo.

Dadas al descorazonamiento.

Desconocen el valor de la mortificación.

## 6. ¿Cómo quisiéramos que fuesen?

Docilidad y apertura.

Valientes para comprometerse para siempre.

Capacidad de convivencia.

Tal como son, pero dispuestas a trabajar su madurez.

Inclinación hacia la oración y el silencio.

Madurez.

Generosas con Dios.

Alegres. Etc.

## Fragmentos de una carta

Como colofón, fragmentos de la carta de una postulante a su comunidad, en respuesta a todo esto, particularmente a la opinión que se tiene de las nuevas vocaciones. Empieza felicitando a su comunidad por haber acertado tan bien en muchos de los puntos, y luego se explica: «... Les llama la atención que sólo dos veces se nombre a Jesucristo y otras dos a la Palabra de Dios. No les sorprenda. Nosotras... al entrar en el monasterio ya sabemos que entramos a buscar a Dios... pero nuestra formación religiosa deja mucho que desear: con frecuencia la recibimos solamente cuando íbamos

al colegio de las Hermanas. Dios nos llama, y somos capaces de dejarlo todo para seguirlo, pero necesitamos que nos enseñen quien es ese Dios que llama.

Reconocen que nos damos cuenta de la alegría que hay en la comunidad. Yo añadiría otro valor, tan importante o más que la alegría: la paz. Una paz que sorprende por el contraste con el mundo que nos rodea. Una paz que a veces nos hiere, porque choca con la inquietud del mundo que acabamos de dejar.

Hablan de virtudes, y nosotras de valores humanos... Para nosotras una virtud no deja de ser un valor humano... ¿Cómo quieren que nuestra tan floja generación piense en el esfuerzo continuado para adquirir virtudes?... No hemos sido educadas para sufrir... Deben tener paciencia con nosotras. Hemos sido el centro del mundo, de nuestro pequeño-gran mundo, y ahora debemos arriar velas y cambiar el plumaje y no nos resulta nada fácil.

... En nuestras familias frecuentemente no hemos tenido tiempo de comunicarnos. Nuestros padres se han cuidado de procurarnos una buena educación, de tener una casa cómoda, y no han tenido tiempo para nada más. No es una crítica. Es una realidad. No ha habido comunicación. Amistades verdaderas, tampoco las hemos tenido. Resultado: cerradas en el fondo, con deseo de abrirnos pero sin saber bien cómo hacerlo.

... Les pedimos muy seriamente la autenticidad... Las queremos monjas de verdad... Las queremos radicales. No tenemos bastante con aquello de "hagan lo que les digan, no lo que hagan". Hagan lo que dicen, porque de lo contrario nuestras críticas rayarán en la crueldad. Las queremos perfectas... En el fondo deseamos que no nos dejen de la mano. Con frecuencia nos sentimos solas, porque todos nuestros puntos de referencia han desaparecido...

... Lo que más las sorprende de nosotras es la sinceridad... Somos sinceras, pero con una sinceridad engañosa, no por mala fe, sino por ignorancia.

La indecisión, la inconstancia, son también fruto de nuestro tiempo. Lanzarse a lo desconocido en un mundo que busca la seguridad no nos es fácil... La paciencia no es nuestro fuerte. Es algo que se nos debe enseñar desde que entramos: a tener paciencia. A confiar que mañana será otro día y que el Señor proveerá. A saber esperar.

... No me extraña que nos quieran más dóciles. Somos un tanto rebeldes, ¿verdad?... No nos exijan una madurez como la de ustedes. No es posible... Las chicas de hoy que buscamos a Dios somos autosuficientes, nos falta docilidad, no nos conocemos, pero tenemos un gran corazón, somos generosas, normalmente somos responsables y, por encima de todo, quisiéramos ser totalmente para Dios. Con esto y con la ayuda del Espíritu Santo, creo que podrán hacer de ellas unas buenas monjas.

Para terminar, quisiera pedirles perdón... por si en alguna cosa me he pasado. Quizás no ha quedado claro que a pesar de todo no cambiaría por nada del mundo los seis meses que llevo en el monasterio. Dentro de poco vestiré el hábito, y si alguna vez se presenta la duda, recuerdo las palabras del libro del *Eclesiástico* 2,10: *Fíjense en las generaciones pretéritas: ¿quién confió en el Señor y quedó defraudado? ¿quién esperó en él y quedó abandonado? ¿quién gritó a él y no fue escuchado?»*.

## Conclusión

Es aire fresco el que nos trae esta carta. Después de leerla casi me avergüenzo de mis elucubraciones, escritas, eso sí, con buena voluntad. La postulante, cuando se le presenta la duda, acude a un texto del *Eclesiástico*. Para los momentos de desánimo después de haber hecho lo posible, yo me quedo con un versículo del *salmo 37*: *Encomienda tu camino al Señor, confía en él y él actuará*.

Abadía de Montserrat  
E-08199 Montserrat (Barcelona)  
España